

CONJETURAS ♦ CARLOS ANTONIO CARRASCO

# Mi condiscípulo Mario Vargas Llosa



**Carlos Antonio Carrasco**  
es científico político y miembro de la Academia de Ciencias de Ultramar de Francia.

Con lágrimas en los ojos despedimos a nuestros profesores del colegio Alemán de Cochabamba cuando fueron embarcados a un campo de concentración en Texas, bajo la sospecha de ser parte de una peligrosa quinta columna del Eje. Clausurada mi escuela, junto a algunos niños no tuvimos otra alternativa que migrar al colegio La Salle, donde por dos años, hasta 1945, fui compañero de curso del futuro Premio Nobel de Literatura.

En La Salle, por primera vez me percaté de la existencia entre la comunidad cochabambina de los rebalses de anteriores pleitos inter-europeos. Había en el alumnado, descendientes de emigrantes del Imperio Austro-húngaro, particularmente eslovenos, croatas o serbios, a todos los cuales se les daba el apelativo común de "austriacos", mientras que a los árabes cristianos exiliados de Siria y del Líbano se los apodaba como "turcos", en alusión al Imperio Otomano del que habían huido. Pocos japoneses y algunos judíos, formaban el mosaico escolar, completado con un solo muchacho con acento peruano.

Eran tiempos en que los estruendos de la Segunda Guerra Mundial retumbaban cotidianamente a todo nivel entre la aturrida población que debatía atentamente los acontecimientos en plazas, calles y ba-

res, sin excluir a los colegios. Una atmósfera maniquea, separaba dos bandos combativos, en partidarios del Eje y de los aliados.

Ningún juego infantil podía ser más alucinante que parodiar esa guerra y entre los imberbes lasallistas la contienda no admitía vacilaciones. Con aquellos hijos de alemanes o de simpatizantes de Berlín como era mi caso, formábamos una barra brava y belicosa que mantenía a raya a los adversarios. Como todos nos conocíamos por el apellido, aquel muchacho taciturno y tímido, de dentadura prominente,

era conocido como "el Llosa" o "llosita" cuando se le prodigaba afecto. Tenía tal indiferencia a las querellas históricas del momento, que ni la bomba atómica arrojada sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945, mientras celebrábamos el aniversario patrio lo motivó. Parecía siempre inmerso en sueños que no compartía con nadie. Físicamente era más bien débil y no

hacía esfuerzo alguno por aparentar lo contrario.

Como es explicable, seguí con interés la fulgurante carrera de Mario hacia la fama, que desde la aparición de *La ciudad y los perros*, nunca dejó de estar en ascenso. Cada uno de sus libros, yo leía con fruición, al igual que sus columnas periodísticas en las que se detectaba su progresión hacia posiciones liberales que no siempre compartía.

Pero, indudablemente, mi admiración por su recia personalidad y por la multiplicación de su tiempo en viajes, incesantes actividades académicas, incluyendo su pasantía por la política peruana, un error que confiesa arrepentido el escritor, me llevaban siempre al deseo de encontrarlo alguna vez. Esa oportunidad se presentó, el año 1997, en la Maison de l'Amérique Latine de París, donde Vargas Llosa pronunció una conferencia, explicando sus últimas obras. Cuando el acto culminó y fuimos presentados, apenas mencioné aquel curso de La Salle, la emoción fue mutua y después de 53 años nos confundimos en un abrazo. Mario recordaba, por sus nombres, a varios de los frailes-profesores y mostraba gran afecto por esa Cochabamba, entonces provincial, que lo albergó en tiempos de una niñez difícil y plena de complicaciones familiares, como él mismo relata en su libro autobiográfico *Como pez en el agua*.

**Físicamente era más bien débil y no hacía esfuerzo alguno por aparentar lo contrario**



ILUSTRACIÓN: ERLICH DE EL PAÍS DE MADRID